

Leppé

Cegado por el Oro

Carlos Leppe

junio 1998

Galería Tomás Andreu

Nueva Costanera 3731 Vitacura. Teléfono. 228.59.52 Fax 228.99.72

Galería SIO, Barcelona. Galería Franco Toselli, Milán. Galería Tomás Andreu, Santiago.

Primera persona

Nelly Richard

Conocí a Carlos Leppe en 1972 en el Museo Nacional de Bellas Artes, con motivo de un Salón de Alumnos de la Universidad de Chile. Nuestros primeros encuentros tuvieron la fuerza de un deslumbramiento. Conservo el recuerdo aún magnético del comienzo de nuestra amistad que se desenvolvió bajo el signo de inagotables similitudes y complicidades que reforzaban intensivamente nuestro sentimiento de compartirlo todo; el diario vivir (la parcela); proyectos de arte y utopías críticas (reafilar una y otra vez los cortes de lo que se estaba gestando como "escena de avanzada"); el compañerismo de Altamirano y la triangulación seudomítica de Dávila; la microagitación de espacios que íbamos tramando de disidencias y de interpelaciones culturales (la Galería Sur, el Taller Bellavista, etc.); los interminables diálogos con R. Zurita y D. Eltit (Lo Encalada, Lincoyán), cuando arte y vida rozaban indiscriminadamente el borde de grandiosas y muy locas confusiones; las confidencias sentimentales (el meandro atormentado de los amores de Carlos); el baile y la música romántica popular (Sandro, Amanda Miguel, Rocío Durcal, Ana Gabriel, etc.); la contradictoria aventura de las primeras visitas internacionales (Buenos Aires, Trujillo, París); gozar de la desfachatez de las estéticas callejeras (modas, gestualidades, decorados), en una analítica del cotidiano que tenía impudicamente a la ciudad como diurno y proliferante material de ensayo.

Aprendí mucho, infinitamente, de la maestría visual de Carlos Leppe y hasta hoy creo bastante inigualable la rotunda certeza de su juicio frente a trazos, manchas y pliegos. Mi enamoramiento por la obra de Leppe hizo que escribiera, en 1980, mi libro-catálogo: "Cuerpo Correccional". La rarísima escritura de "Cuerpo Correccional" hizo que A. Mendini en la editorial de la revista italiana "Domus", de 1982, hablara con sorprendido entusiasmo, de "romanticismo semiológico" a propósito de tan extraña poética crítica. Le debo al arte de Leppe la pulsión escritural que recorre ese texto signado por los dobleces de una primera persona de la enunciación.

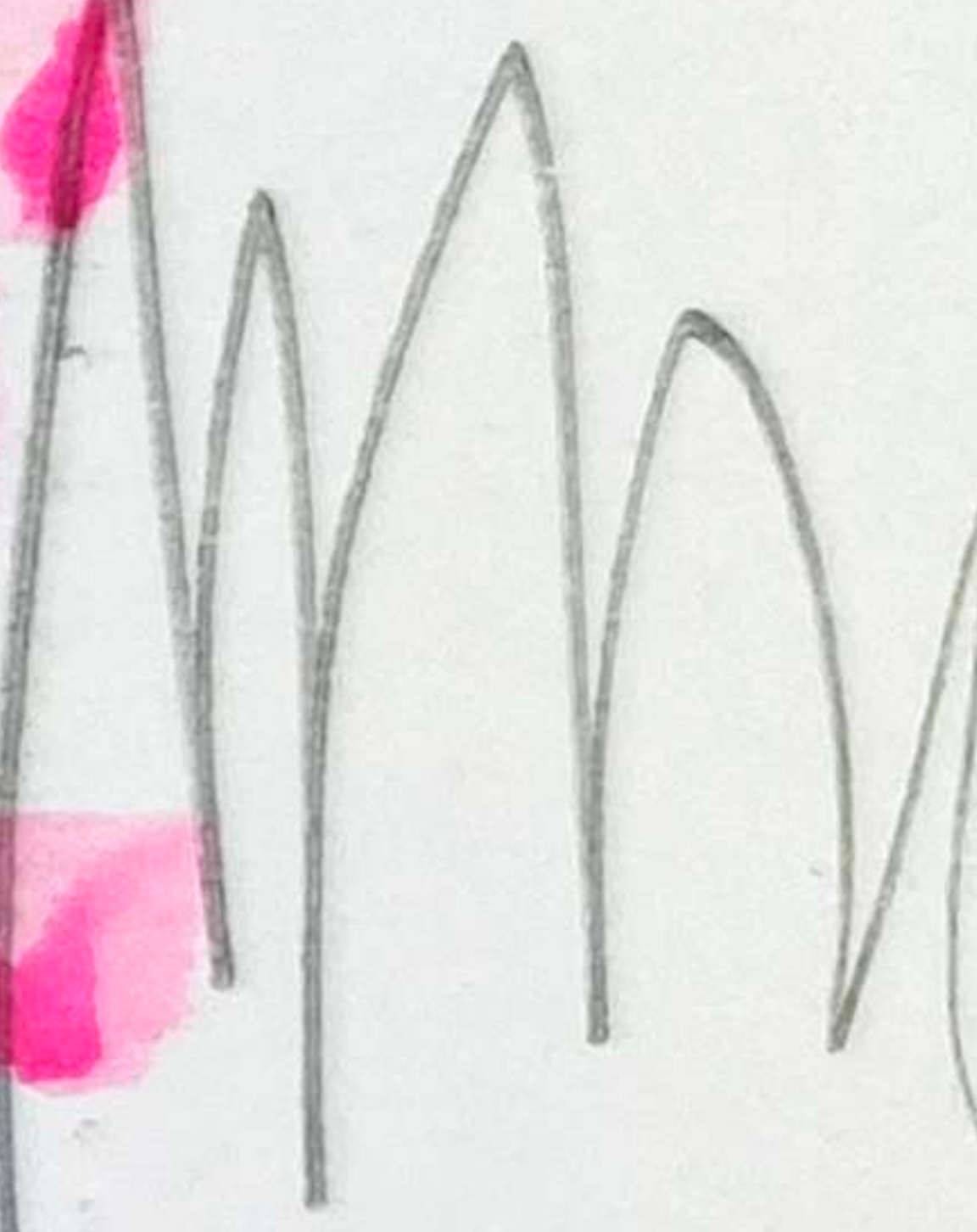
Luego, a mitad de los 80, como se dice en las

películas, "el destino nos separó"; Carlos Leppe, herido por muchas rudezas y desatenciones (también mías), necesitó tomar distancias personales con la escena del arte chileno, y probar otras formas de vivir -más amables y hospitalarias- mientras yo dejaba el arte relativamente atrás para concentrarme en otros discursos culturales con una ferviente dedicación a la palabra crítica que me llevo hacia nuevos tránsitos y proyectos. Leppe miraba con el mismo desinterés mis deambulaciones por la escena cultural, como yo el suyo, por el mundo de la publicidad y de la televisión. No hubo drama ni ruptura, sino un alejamiento mutuamente comprendido y perdonado que se dejaba casualmente interrumpir por encuentros o llamadas intermitentes, destinadas más que nada, a garantizarnos mutuamente que ninguno de los dos iba a dejar que el desamor tomara el lugar del recuerdo. Entre medio, Carlos se fue a vivir a Perú, varios años después de un viaje que hicimos juntos a Trujillo, con ocasión de una Bienal, donde Leppe, en una escuela primaria de esa ciudad de provincia, realizó ferozmente una de las performances más descomunales que le he conocido. En todos estos años, nunca he dejado de pensar que las obras de Leppe de los 80 representan lo más poderosamente brillantes de todo el arte latinoamericano.

Entré nuevamente al taller de Carlos en marzo de 1998, después de años de no saber cómo su cabeza estaba pensando el arte, con nerviosismo, timidez y aprehensiones. Me dio gusto conocer materiales, texturas y procedimientos (frazadas, huesos y pelos, pegamentos, etc.) que mezclan turbulentamente lo abyecto con lo sublime. Vi el sensual detalle de una pintura que requería de la intimidad de una mirada quizás más cargada que la mía de deseo y curiosidad hacia las proezas de sus saberes y haceres. Sobre todo, entendí como lo pictórico gestualizaba, con lujo y placer, el "retorno de lo reprimido", vengándose así, suavemente y con deleite, de una cierta fiscalización del concepto que había censurado aquella manualidad expresiva ahora felizmente desinhibida.

No me siento con disposiciones críticas para evaluar hoy ni el enmarque ni el significado artístico-cultural de la notoria reaparición de Leppe en la escena chilena. Sólo quiero mencionar lo que volvió

to mutuamente comprendido y perdonado que se dejaba casualmente interrumpir por encuentros o llamadas intermitentes, destinadas más que nada, a garantizarnos mutuamente que ninguno de los dos iba a dejar que el desamor tomara el lugar del recuerdo. Entre medio, Carlos se fue a vivir a Perú, varios años después de un viaje que hicimos juntos a Trujillo, con ocasión de una Bienal, donde Leppe, en una escuela primaria de esa ciudad de provincia, realizó ferozmente una de las performances más descomunales que le he conocido. En todos estos años, nunca he dejado de pensar que las obras de Leppe de los 80 representan lo más poderosamente brillantes de todo el arte latinoamericano.



Entré nuevamente al taller de Carlos en marzo de 1998, después de años de no saber cómo su cabeza estaba pensando el arte, con nerviosismo, timidez y aprehensiones. Me dio gusto conocer materiales,



**Yo no he conocido a nadie
más hipócrita, más misógeno,
más mitómano
y más grande que Leppe.
Sé a ciencia cierta
que lo único que ama es su rutina.**

ndm

torino mayo mil novecientos noventa y ocho